

## la bruja

Tuve que irme a la cama para no flaquear. Me arrastré desde el suelo de la cocina hasta el dormitorio y me dejé caer sobre el edredón floreado. Siempre me pegaba en la cocina. Era el único cuarto donde ninguna de las paredes daba con las de los vecinos. Los días en que llegaba con la mirada turbia y, sin mediar palabra, entraba en la cocina y cerraba la ventana, yo ya sabía lo que me esperaba. Siempre había una excusa lo suficientemente buena para él: o yo hablaba mucho, o hablaba poco, o bien la cena estaba fría, o la cerveza demasiado caliente, o las zapatillas fuera de lugar... No había nada que hacer. La ventana de la cocina estaba cerrada, así que tocaba paliza y punto.

Me hice un ovillo sobre la cama y me puse a llorar. Las flores del edredón, animadas por aquel riego inesperado, adquirieron tonos más vivos. Esto era lo único que me quedaba verdaderamente mío: esos momentos llorando sola, una pequeña pausa entre maltrato y maltrato. Revisaba mi pasado e intentaba comprender cómo era posible que todo hubiera cambiado tanto, que mi vida fuera esto, que esto pudiera llamarse vida.

Sonó el timbre y escuché inmóvil como el sonido se expandía por el silencio, como los círculos de una gota sobre un lago. «Mejor no moverme», pensé primero. Y luego: «¿Y si es él?» Mi cuerpo reaccionó como movido por un resorte: me levanté y me apresuré hasta la puerta.

Era la vecina. «Es una bruja», decía él, cuando nos cruzábamos con aquella mujer, una viuda sin hijos, risueña y diminuta, con la que compartíamos rellano. Apenas la conocía. Con la excusa de que trabajaba en el cuerpo de policía, él nunca me dejaba trabar amistad con los vecinos. Pero años atrás, cuando a la

pobre mujer se le rompió un brazo, yo le había echado una mano. Iba a verla un ratito por la mañana, le ayudaba con la limpieza y le llevaba la comida: él no tenía por qué enterarse, y no se enteró. Por aquel entonces aún no me controlaba tanto.

La mujer sonrió y dijo:

—Necesito pasar un momento. ¿Puedo?

Y sin dejarme reaccionar, entró con ligereza y cerró la puerta tras de sí. Luego me miró con dulzura y entregándome una pequeña bolsa de mano, me dijo:

—Aquí tienes un billete para Andorra y la dirección de mi hija. Te está esperando. El autobús sale dentro de dos horas, así que coge tu abrigo y tu bolso y vete.

Lo dijo con una mezcla de dulzura y desenfado, con el mismo tono que habría empleado una abuela para darle un jarabe para la tos a su nieta.

Pestañeé. No podía creerlo. Después de todo, existían las hadas madrinas. Así que le hice caso y me fui.

Cuando él llegó, ya era de noche. Fue a la cocina y encontró la ventana cerrada, lo cual le extrañó. Recorrió la casa silenciosa hasta llegar al dormitorio. Bajo el edredón, un cuerpo respiraba rítmicamente.

Él se acercó hecho una furia, y anticipando el placer de la agresión, levantó el edredón de golpe. Y se quedó de una pieza al encontrarse con una sonrisa desdentada que le dijo, en tono jocoso:

—¡Venga, valiente, a ver si te atreves a pegarle a una vieja!